



VI
Herencias



Con la Fiesta Brava en el corazón

María del Carmen Pérez Talamantes

Me dispongo a escribir estas líneas en las vísperas de la feria de abril, en el espacio privilegiado que fue la biblioteca de mi padre, ámbito espaciotemporal propicio a la imaginación y el sentimiento, lugar entrañable e idóneo para evocar experiencias y momentos que la neblina del tiempo no ha podido oscurecer del todo. Si algo he tenido muy claro en mi memoria, desde que tengo uso de razón, es que en nuestra casa se hablaba mucho de toros.

Se decía que mi papá era un aficionado práctico, cosa que a mi corta edad yo no lograba entender muy bien y que fui comprendiendo poco a poco, contemplando las fotografías taurinas, entonces en blanco y negro, de su participación

en festivales, que iban apareciendo enmarcadas en las paredes de su despacho. En algunas, empuñaba con garbo la muleta, concentrado en la faena; en otras, aparecía sonriente, mostrando con orgullo los apéndices obtenidos como trofeo o era llevado en hombros por un grupo de aficionados entusiastas. Recuerdo con claridad la impresión que me causó la imagen de aquellos trofeos –oreja, rabo y pata– que aparecieron un día en la casa, dispuestos en un marco de madera adornado con listones rojos y amarillos, y que mi mamá tuvo a bien colgar en un lugar poco visible, seguramente para no espantar a las visitas. Entonces entendí que, aunque en las fotos no llevara puesto un traje de luces, mi padre era torero, ¡pero de los buenos! Ahora, con el paso de los años, comprendo que mi papá llevó la torería en el corazón toda su vida.

Vienen a cuento estos recuerdos quizá para hacer saber a quienes me otorguen la atención de su lectura que mi afición a los toros se fue dando inadvertidamente, de forma natural, casi por ósmosis. De la misma manera, a partir de experiencias tempranas, llegué a aceptar, sin más, que el mundo de los toros era uno exclusivamente masculino. Aquel día me llevaron, con mis pocos años, un vestido nuevo estampado con rosas rojas y un sombrero blanco adornado con una flor, a presenciar una corrida de toros en la Plaza San Marcos, por primera vez en mi vida. Mi papá y Ponchín, mi hermano, bajaron al callejón mientras mi mamá y yo subimos a los tendidos junto a otras señoras elegantes, que portaban mantillas y peinetas, y llevaban en sus manos los claveles que luego aventarían con entusiasmo a los toreros. Mi hermano era quien acompañaba a mi papá a las tientas. No era un ambiente adecuado para una niña, según decían mis mayores. Ponchín se aventuró a recorrer el camino hollado por las huellas paternas y en su juventud llegó a ser también aficionado práctico y, más tarde, apoderado de un diestro local. Mi gusto por la Fiesta Brava se fue dando desde los márgenes, pero sin despertar en mí el afán por conocer los entresijos del mundo taurino, de ese

mundo de hombres en el cual yo no tenía cabida, en donde el arte y el valor caminan juntos para exaltar las virtudes propias de la virilidad.¹

Apelo entonces a la imaginación y al sentimiento, pues desconozco el sentido del léxico de un arte en el que la destreza supone tanto como la valentía y porque el objetivo de este escrito es compartir, a través del tamiz de mi experiencia como aficionada que aprecia y disfruta la Fiesta, la visión de la tauromaquia que mi padre nos legó. Fue uno de sus grandes amores, amor que de mil maneras se fue trasladando desde su corazón al mío. Aprendí a apreciar el arte taurino, a su lado, en la plaza. Presenciar las corridas, compartiendo sus expresiones cargadas de emoción, de gozo, y escuchar sus comentarios críticos sobre las faenas, portadores de un conocimiento profundo del toreo, fue un privilegio enorme que no llegué a valorar en toda su dimensión hasta que el destino me llevó a vivir lejos de mi tierra, a Tijuana, la lejana esquina donde comienza la patria. Ir a los toros sin él nunca llegó a ser lo mismo.

Esa fascinación suya por los toros se despertó en él desde muy temprana edad. Así lo refiere en su último escrito taurino, donde evoca aquellos días de su niñez en que la Fiesta de los Toros era un juego compartido con los amigos de la cuadra. Se sabe que el juego en los niños es una actividad vital y creativa, en la que se realizan ejercicios de la vida práctica de manera libre, sin intervención de los adultos. El juego estimula la comprensión y apropiación del entorno cultural por su enorme carga simbólica. Jugando ejerció sus primeros baluceos con el capote, en aquella plaza imaginaria edificada con palos y cordeles, en la experiencia lúdica disfrutada plenamente

1 Sé que han existido algunas mujeres que incursionaron en el toreo a lo largo de su historia, famosas por atreverse a figurar en este ámbito. Yo no he tenido la suerte de ver torear a ninguna y el toreo femenino tampoco es un tema que haya sido abordado por mi padre en sus escritos. Me aventuro a suponer que la aparición excepcional de la mujer en el mundo taurino, predominantemente masculino, confirma la regla.

y compartida con sus amigos de la infancia, “hasta que el propio desarrollo juvenil nos fue apartando de las ficciones y nos empezó a volcar a la fiesta de verdad”.²

David Freedberg (1948), historiador del arte y académico de la Universidad de Columbia, en su libro titulado *El poder de las imágenes* (1992), sostiene que las imágenes estructuran cada vez más nuestras experiencias y nuestras vidas. Yo creo que la imagen poderosa e imponente de la silueta de la cabeza del toro de aquellos carteles taurinos que se repartían por las calles de una niñez llegó a tener en su corazón infantil una resonancia simbólica importante. Mi abuelo paterno era español, llegó a México a sus escasos 17 años, en 1910, a trabajar duramente y a formar una familia, la nuestra. Su corazón de migrante, lleno siempre de nostalgia por la tierra de sus padres, a quienes no volvió a ver más, supo transmitir a sus hijos, primero, y a sus nietos, después, su amor entrañable por aquella tierra lejana que lo vio nacer.

Separado por la inmensidad del océano, a través de las historias narradas por su padre, se fue gestando en el corazón infantil de mi papá un lazo de amor por aquel país lejano, cuyo mapa semeja una piel de toro, así como la ilusión por recorrer aquellos lugares y llegar a vivir las experiencias que habitaban en su imaginación. En su libro titulado *Galicia. Un derrotero sentimental* (2016), escribió que “los seres humanos tenemos la capacidad de hacer imágenes mentales y de evocarlas a discreción. Mientras las vamos reviviendo en la memoria, somos capaces de ver y sentir como si fueran realidad”.³ Yo creo que el toreo y España fueron una sola cosa en su imaginario personal, y quizá, desde su visión, toda la cultura española podría ser entendida a la luz del simbolismo del toro.

2 Alfonso Pérez Romo, “Los toros y Aguascalientes” (último escrito taurino). Al momento de haber entregado el presente, aún estaba inédito, pero ya es consultable, puesto que es el texto que aparece en la sección “Atrio” de este libro.

3 Alfonso Pérez Romo, *Galicia. Un derrotero sentimental*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2016, p. 21.

Hace medio siglo, viajar a Europa no era tan frecuente como ahora. Mi papá estuvo planeando su primer viaje a España durante muchos años. Fue el sueño de su juventud que pudo realizar, por fin, en 1969. Yo tuve la fortuna de ser parte de aquella experiencia inolvidable. Recuerdo con cuánto cuidado preparó el itinerario. Cada ciudad, aldea, museo, restaurante, hostel y hasta las carreteras tenían en el trazo de su periplo un propósito preciso. Pero lo primero que hicimos, nada más llegar a Madrid, fue ir a la Plaza de Toros de Las Ventas a presenciar una extraordinaria corrida de toros. ¡Él estaba ya en la España de sus sueños! Entramos a España “con el pie derecho”, como se dice en lenguaje popular o, usando una expresión propia de la Fiesta, “por la puerta grande”. No me pregunten por el cartel ni por el ganado que se lidió aquella tarde, porque no lo recuerdo, pero estoy segura de que, si mi papá estuviera entre nosotros, podría deleitarnos con la crónica taurina sin omitir un solo detalle. Tanta fue la intensidad de su experiencia en aquella lejanísima tarde, que puedo revivir su emoción y sentimiento con la memoria del corazón.

A lo largo de su vida mostró siempre su gran admiración por los toreros. Si cuando era niño los veía con fascinación, como una especie de superhéroes, por su valentía y arrojo para enfrentarse a la bestia; en su juventud, y por haber sido torero, a su admiración por los maestros del toreo se integró el conocimiento del oficio y la gracia en presencia del riesgo de la muerte. Su sensibilidad estética y conocimiento profundo de los principios artísticos del toreo le permitieron aproximarse al mundo taurino también desde la escritura. En su libro *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo* (2014) hace un recuento de algunas grandes figuras del toreo desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX, ilustres nombres y apellidos consagrados, que al conjuntar su arte “con unos toros que todavía embes-

tían con su bravura intacta, nos acercaron a los abismos de lo esencial en el ejercicio del toreo”.⁴

Hace unos días, ordenando sus documentos personales, me encontré tres textos de comentarios taurinos, mecanografiados en su vieja máquina de escribir portátil, sin fecha y sin evidencia de dónde o cuándo hayan sido publicados. De su contenido se podría inferir que fueron escritos por los años 70. En uno de ellos comenta un festival taurino, con ganado de Pastejé y “que sirvió de despedida a Rubén Salazar”; en otro comenta una corrida y, en el tercero, una novillada. Debo decir que disfruté mucho su lectura. Son textos escritos por un gran conocedor, con una prosa ágil, un tanto coloquial y con un sentido del humor que, cobijado bajo un seudónimo, le permitió ciertas licencias de fina ironía. En algún momento, el tono de su comentario se convierte en crítica incisiva ante lo que percibe como “una clara decadencia de la Fiesta”; percepción que será determinante en su actividad como empresario para impulsar el esplendor del ámbito taurino algunos años después y que llegará a ser el tema central en sus reflexiones críticas de la Fiesta Brava.

Estos comentarios taurinos que integran mi hallazgo aparecen firmados con el seudónimo de “Machaquito”, que seguramente adoptó como homenaje al matador español Rafael González Madrid (1880-1995), el famoso tercer califa del toreo cordobés,⁵ cuya biografía, escrita por Fernando Gillis (también conocido como “Claridades”), apareció publicada en Madrid, en 1912, con un prólogo de Benito Pérez Galdós,⁶ y que lleva como título *El torero de la emoción*. En su época, el torero Machaquito fue reconocido por su valor desmedido pero lúcido, por su valentía sobrehumana, y se mantuvo en la prime-

4 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014, p. 68.

5 Los primeros fueron Lagartijo y Guerrita, y los siguientes: Manolete y el Cordobés.

6 Quien, por cierto, era profundamente antitaurino.

ra fila del toreo español por más de una década. Me pregunto sobre la razón que tendría para la elección de este seudónimo. La lectura de su último escrito taurino me hace suponer que, tal vez, la fotografía de Machaquito formaba parte de aquella colección de toreros famosos que atesoraba mi padre de chiquillo y a la que hace referencia en su texto. Y lo visualizo en mi mente, contemplando, fascinado, la imagen del torero español, con montera y traje de luces, representando el valor sin límites y el arte de matar de una estocada a ese toro bravo, negro e imponente, cuya imagen encabezaba los programas taurinos y proyectaban su pensamiento hacia la España desconocida e imaginada. Pudiera ser. Mas lo cierto es que toros y toreros fueron imágenes poderosas que estructuraron sus experiencias y su vida.

Incansable impulsor de la Fiesta Brava, otra de sus facetas fue como empresario taurino, junto con el matador Eduardo Solórzano y don Julio Díaz Torre, entre los años 1984 y 1986. Los aficionados recuerdan esta época como una de gran esplendor, tanto por el importante número de corridas que se montaron en la feria, como por el ímpetu innovador, orientado por el gran deseo que albergaba mi padre de ver resurgir el toreo como arte, como técnica y como rito, de las que han sido “las mejores corridas sanmarqueñas”. Durante esta época, estableció lazos de amistad con ganaderos, toreros mexicanos y extranjeros, novilleros, subalternos, cronistas, críticos y aficionados, muchos de los cuales fueron sus amigos entrañables hasta el final de su vida.

Recuerdo con especial afecto a Manolo Espinosa “Armillita”, su gran amigo y cómplice en la realización de “la toreada” que mi papá se empeñó en organizar en 2012 para la celebración de su cumpleaños 88. Cuando mis hermanos me enteraron de semejante proyecto, me pareció un desatino, un riesgo innecesario. Desde la distancia, traté de disuadirlo, pero no hubo manera de hacerlo cambiar de opinión. Torear quería, como en su juventud: “y no me va a pasar nada

porque es imposible olvidar lo que bien aprendido se lleva en el alma”, me dijo. Efectivamente, fue un festejo inolvidable, donde mostró su torería con aquella becerra, escogida para él cuidadosamente por Armillita, y fue paseado en hombros para recibir la ovación del público invitado. Verdaderamente hizo gala de su destreza y conocimiento, pero, sobre todo, de su impresionante vitalidad, muy por encima de la de algunos espontáneos que lo acompañaron ese día en el ruedo. Ahora que lo pienso, a 12 años de aquella fiesta de cumpleaños, me doy cuenta de que nunca se me ocurrió preguntarle cómo le gustaría celebrarlo en caso de llegar a cumplir un siglo de vida. De seguro tendría que haber sido una fiesta taurina, e invitaría a sus amigos del gremio, a los de afición entusiasta.⁷

Escribo ahora a unas cuantas semanas de que inicien las fiestas de abril y recuerdo que mi papá solía decir que, para los nacidos en esta luminosa tierra hidrocálida, resulta imposible pensar nuestras tradicionales fiestas de primavera sin las corridas de toros, “sin el ingrediente mágico, antiguo, ritual, y misterioso del arte del toreo”,⁸ arte que tiene sus raíces en la antigüedad y cuyo talante simbólico trasciende lo meramente folclórico y festivo del espectáculo. En su pensamiento humanista, el arte del toreo constituye un elemento de nuestra idiosincrasia, con un significado profundo que se ha conservado vivo a través de los años, desde los albores de nuestra cultura.

En sus escritos, explica que en el drama del toreo se expresa nuestra manera de entender la vida y la muerte,

porque esta sublime locura del toreo que no aciertan a entender quienes no llevan en sus genes el espíritu de

7 El festejo taurino ha tenido que adoptar una nueva forma: la convocatoria de mi hermano Juan Ángel para realizar esta publicación en conmemoración de su natalicio. Agradezco la participación de amigas y amigos entrañables que, con la fuerza y el poder de sus palabras, dan vida a esta fiesta taurina hecha libro para recordar, celebrar y agradecer su larga y fructífera vida.

8 Alfonso Pérez Romo, *Testimonio de unos días*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1999, p. 489.

moros y cristianos mezclado con el genio supra cósmico de los aztecas, es mucho más que un alarde valeroso, que un brillante espectáculo o que una efusión de sangre sin sentido.⁹

El arte taurino, como expresión cultural de todos los pueblos de Hispanoamérica, es “herencia y tradición popular de un gran conglomerado espiritual que no tiene fronteras”.¹⁰ En su pensamiento, la corrida de toros es consecuencia de un milenarismo proceso cultural que tiene al toro como protagonista: “el toro ha sido siempre signo formal para comprender los secretos del universo y de la vida, ha sido usado como símbolo mitológico, mágico y religioso”.¹¹ Todas las culturas hunden sus raíces en lo religioso y las antiguas religiones agrícolas y solares convirtieron a este poderoso animal en emblema de lo sagrado y del misterio por su gran fuerza, su fiereza y su extraordinario poder reproductivo. Así, a través de los siglos, el toro ha sido un símbolo sagrado de los poderes vivificantes y destructivos de la naturaleza, de su fuerza vital y empuje irracional. Símbolo sagrado que ha sido objeto de la proyección del ser humano para entenderse y entender el mundo y la vida, proyección simbólica con la cual “se hizo necesario un complejo ritual lúdico-religioso que cada civilización fue formando de acuerdo con su mitología”.¹²

En esta evolución histórica, el toreo, tal y como lo conocemos hoy, apareció hace unos 400 años, y aunque en cada época ha sido diferente, perdura su carácter de fenómeno catártico y su capacidad de comunicación espiritual entre quien oficia y quienes asisten, elementos propios de los rituales mágico-religiosos desarrollados desde la antigüedad.

9 *Idem.*

10 *Idem.*

11 Alfonso Pérez Romo, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014, p. 23.

12 *Ibidem*, p. 16.

Estos componentes, que son esenciales para captar el sentido profundo del toreo, pasan ahora casi desapercibidos “por el esplendor y la perfección técnica y estética que ha alcanzado el espectáculo hoy”.¹³

Convencido de que los seres humanos hemos transmitido nuestra herencia a través de imágenes, narrativas y símbolos, mi padre fue amante de la estética. Conocedor de las artes, se ocupó, tanto del arte taurino como tal, como de la tauromaquia en las diversas manifestaciones artísticas a través de la historia: la pintura, la escultura, la poesía, el teatro y la música. Así, a partir de sus innumerables lecturas y reflexiones, comprendió, con absoluta claridad, que para llegar a entender la esencia del arte del toreo “es preciso primero recordar lo que ha significado la presencia del toro bravo en la vida humana desde la más remota antigüedad y del simbolismo místico que late en el ejercicio del toreo desde sus orígenes”,¹⁴ como se puede apreciar en las expresiones artísticas y espirituales a través de la historia.

Creo que además de llegar a valorar el significado de la presencia del toro bravo a través de la cultura, esa presencia fue, también, de manera particular, un elemento definitivo en su experiencia existencial, desde aquella imagen del cartel taurino que despertó su imaginación infantil, pasando por su incursión juvenil en el toreo, su ferviente afición a la Fiesta durante toda su vida y su aproximación intelectual y poética a esta manifestación artística. Todo ello lo hace patente:

Ahora que me he hecho viejo viendo toros, miro con indulgente ironía aquel joven aficionado, intransigente, lleno de pasión y arrebatado por sus “ismos que fui ayer”. Quedan sin embargo unos elementos que han permanecido invariables a través del tiempo: una atracción irresistible por la fiesta; un aprecio del toreo que va

13 *Ibidem*, p. 41.

14 *Ibidem*, p. 12.

más allá de su abigarrado colorido, su pintoresquismo, su derroche de valentía y su efusión de sangre; un asombro siempre nuevo por esa enorme y noble bestia que es el toro de lidia; y una admiración respetuosa por el torero, extraño personaje del arte hispánico que cumple su actuación dramática al filo de la muerte.¹⁵

En el arte taurino laten los eternos dilemas existenciales que han confrontado a los seres humanos a través de los tiempos: las fuerzas ciegas de la naturaleza frente al espíritu humano, las grandes interrogantes sobre la vida y la muerte. A lo largo de su vida, estructurada a partir del imaginario poderoso de la cultura de su tiempo, mi padre encontró, en el arte taurino, un espejo de la humanidad, un paradigma de las grandes virtudes humanas que intentó actualizar en todo lo que emprendió, buscando siempre dejar algún beneficio a su paso.

Mi padre partió de este mundo el 24 de octubre de 2022. Un par de días antes recibió un homenaje donde se reconoció su trayectoria taurina y se develó una placa conmemorativa en los patios de la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes: “Gobierno del Estado y la afición rinden homenaje al taurino y humanista, don Alfonso Pérez Romo, por ser un gran pilar de la grandeza taurina de Aguascalientes, como empresario y aficionado. 447 aniversario de la ciudad de Aguascalientes, 22 de octubre de 2022”, es el lema textual de la placa. Ese día se ofreció una comida y, enseguida, una corrida de toros. Lo acompañé durante la comida, pero no pude quedarme a la develación de la placa ni a la corrida. Nos despedimos en la puerta de cuadrillas, pues yo tenía que correr al aeropuerto a tomar mi vuelo de regreso a Tijuana. Ahí, en ese lugar emblemático, nos dimos el último abrazo de nuestras vidas. Qué lejos estaba yo de saber que se cerraría un mundo entero para mí. Si lo hubiera sospechado siquiera, no habría podido soltarme

15 Alfonso Pérez Romo, *Testimonio de unos días, op. cit.*, p. 501.

apresuradamente de sus brazos como lo hice esa tarde. Me consuela pensar que lo último que hizo mi papá en su vida fue disfrutar cada minuto de esa corrida de toros, festiva y gozosa, entre gente linda y fuegos artificiales. Tengo la certeza de que mi padre llevó siempre la Fiesta Brava en su corazón y amó profundamente el arte taurino, porque, como dijo Antonio Machado, “el arte es la Gran Nostalgia. Y la gran nostalgia del toreo es su pase soñado: su pase a la eternidad y al tiempo mítico de la inocencia”.¹⁶ Su vida toda fue una metáfora del arte taurino. Culminó su gran faena y retornó a la Patria por la Puerta Grande de la Luz.

16 Mariate Cobaleda, *El simbolismo del toro. La lidia como cultura y espejo de la humanidad*. Biblioteca Nueva, 2002, p. 21.